

Planeta Monstruo

Magdalena Helguera

Primer Premio Nacional de Literatura
para Niños y Jóvenes
categoría Obras Inéditas
Ministerio de Educación y Cultura
Uruguay, 1999

loqueleg

El planeta parecía deshabitado. Deshabitado y sediento. En su extraña superficie, moteada de cráteres y redondos montículos verdosos o rosados, no había lagos, ni océanos, ni corrientes de agua. Solo una serie de curvas concéntricas de olor fétido y color amarillento, delineadas por promontorios de hongos y velludas inflorescencias de moho negro y verde, indicaban que de su suelo brotaba algo de humedad.

¿Dónde estarían los monstruos, sus hermanos? ¿Llegarían de pronto volando desde el cielo oscuro para llevarlo con ellos? ¿O emergerían de las entrañas de la tierra rompiendo el suelo de cal con sus poderosos cuernos, espinas y colmillos? Aún no podía verlos, pero tenían que estar allí, en alguna parte. Tenían que estar y tenían que recibirlo porque él ya no podía vivir en la soledad de los humanos.

10 Cuando Camilo vino al mundo nadie sabía dónde ponerlo. El niño cayó en la familia como un meteorito, como un chaparrón, como si realmente lo hubiera traído al mundo alguna cigüeña distraída.

Apenas seis semanas antes, su madre había ido a consultar al médico por unas hinchazones y desarreglos que adjudicaba al cansancio o a la proximidad de lo que ella llamaba “la edad crítica”. Esperaba recibir algunos consejos tranquilizadores, un frasco de vitaminas y tal vez unas recomendaciones dietéticas, y se encontró, en cambio, con la noticia de que lo que tenía era un embarazo de casi siete meses.

Para colmo, el niño tuvo a bien adelantarse veinte días a la fecha prevista para el nacimiento, de modo que la señora aún no se había repuesto de la sorpresa cuando se encontró con aquel bultito arrugado en los brazos.

De vuelta en casa al salir del hospital, se sentó a alimentarlo en el viejo sillón de almohadones de plumas, la joya del estar-comedor que lo ocupaba casi por entero.

Mientras el bebé mamaba, la madre miró a su alrededor. ¿Dónde, en qué lugar, iba a poner a dormir a la criatura? Recordaba que sus hijos mayores habían usado una bonita cuna de madera, que su esposo había construido con sus propias manos y ella había decorado con una alegre tela a cuadritos, pero nadie sabía qué destino había tenido. Seguramente habría ido a parar a algún remate, junto con el andador, el triciclo y otros bártulos infantiles, en alguno de los momentos de necesidad que la familia enfrentaba con demasiada frecuencia.

11

De todos modos, de nada hubiera servido encontrarla, ya que ni un mago hubiera sido capaz de incrustar un solo mueble más en el minúsculo apartamento en el que a gatas habían logrado apretarse hasta entonces. En su dormitorio, la cama apenas permitía abrir las puertas del ropero destartado —el único de la casa— y los cajones de la cómoda de roble que su esposo había heredado de su abuela. Tampoco había lugar en el comedor, donde el espacio que no cubría el sofá lo ocupaban la mesa redonda y las cuatro sillas, y menos en el cuartucho de Matilde —que era más bien una especie de armario profundo—, en el que en su momento había costado un triunfo instalar las cu-chetas, que solo habían entrado, tras mucho forcejear, cuando se resignaron a cortarles un buen pedazo.

Mientras ponía al niño a “hacer provecho”, la madre levantó la vista hacia el lugar donde dormía su hijo Gabriel y un escalofrío le corrió por la espalda. Dos años

antes, cansado de dormir arrollado —ya medía por entonces casi un metro ochenta—, el muchacho le había cedido su parte del cuarto a la hermana y se había instalado aquella plataforma de madera sobre el comedor, a metro y medio del altísimo techo. La había llamado su “cueva” y allí había subido su colchón y su almohadón gigante, el radiograbador, los libros y la pelota de básquet. Y aunque la madre temblaba al pensar que su hijo pudiera caerse de allá arriba, el chico parecía vivir bastante feliz, sin que nadie se entrometiera en sus cosas para mandarlo ordenar la ropa o tenderse la cama.

El niño había terminado de mamar y de un modo u otro tendría que acostarlo. En los dos días de hospital se le habían acumulado veinte pantalones sin coser y en media hora llegaría una clienta para hacerse una limpieza de cutis.

La madre dejó al bebé sobre la cama grande, se sentó a su lado y con un suspiro abrió el segundo cajón de la cómoda. Las camisetas de su esposo —gastadas, zurcidas, amarillentas— se alineaban a pesar de todo con cierta dignidad sobre el fondo de madera antigua.

—Tu padre va a tener que hacer este sacrificio por ti —le dijo al paquete de mantas y rebozos—. Yo te cedería con gusto uno de mis estantes, pero no puedo ponerte a dormir en el ropero.

Cuidadosamente, aunque con su apuro de siempre, sacó todas las camisetas y las reacomodó lo mejor que pudo en otro de los cajones, entre medias y calzoncillos.

El segundo cajón había quedado vacío. La madre le pasó un trapo, le cubrió el fondo con su mejor toalla doblada en cuatro, y tras asegurarlo por debajo con un banquito, colocó en él al recién nacido, envuelto en las antiguas ropas de bebé que días atrás rescatara del fondo del ropero.

Allí lo conoció poco después su hermano mayor, quien no había tenido tiempo o ganas de acercarse al hospital.

—¿Qué le pusiste, vieja? ¡Esa ropa le queda enorme! —se rio el muchacho—. Ahí metido parece una camiseta arrugada, pobre botija.

»Podríamos ponerte “Camiseto”, ¿eh, macho? ¡Cami, Cami! Parece nombre de perro, pero no está tan mal.

Tras cosquillear un poco las arrugas de lana donde suponía que el crío tendría la barriga, Gabriel se fue otra vez a ocuparse de sus asuntos, sin sospechar que acababa de darle a su nuevo hermano un regalo muy especial. Porque el niño, entre otras cosas que no tuvo al nacer, tampoco tenía nombre. Y poco después, cuando al llegar la clienta de la limpieza de cutis preguntó, como era natural, cómo se llamaba la criatura, a la madre le dio vergüenza reconocer que nadie había pensado en eso hasta entonces.

—Le decimos Cami —contestó tras pensar un momento—. Vamos a ponerle... Camilo —agregó en un instante de inspiración. Porque, evidentemente, no podían anotarlo en el Registro Civil con el nombre de Camiseto Fernández.